

## TRABAJADORES DEL MUNDO<sup>1</sup>

A estas alturas, la lectura de otro libro sobre la «globalización» ha perdido parte de su encanto. Las líneas de argumentación suelen ser, todas ellas, demasiado familiares. El Estado, o al menos su poder para controlar los asuntos económicos, se está desvaneciendo a medida que las corporaciones sedientas de beneficios cruzan las fronteras a voluntad (normalmente hacia el Sur), ayudadas por instituciones y acuerdos multilaterales que arrastran a las clases trabajadoras del mundo a una «carrera hacia el abismo». No tan rápido, se dice desde el bando opuesto; puede que haya una carrera hacia el abismo, pero las corporaciones multinacionales necesitan al Estado para controlar los daños sociales, para incrementar la represión sobre la resistencia, para concertar más «liberalización» y para bombear dólares de los impuestos a sus cofres, así como, indirectamente, a los mercados de acciones y bonos del mundo entero. En cualquier caso, la mayor parte del capital en busca de inversión se sigue moviendo en el Norte. En lo que ambos bandos suelen estar de acuerdo es en que, en uno u otro escenario, la clase obrera organizada se debilita. La única pregunta es: ¿es ese debilitamiento de los trabajadores permanente e irreversible o le queda algún papel que jugar a la clase obrera internacional en la lucha por controlar o poner fin a la globalización capitalista? Después de todo, ¿no es la globalización, parafraseando a Henry Kissinger, otra forma de denominar el dominio estadounidense?

En *Fuerzas de trabajo*, Beverly Silver considera la globalización desde una perspectiva diferente y más original. En primer lugar, se trata de una perspectiva más amplia, que va desde 1870 hasta mediados de la década de 1990. En segundo lugar, se centra en la actividad de la clase obrera más que en las fechorías de las corporaciones multinacionales o en la austeridad del FMI; dicho de otro modo, en la resistencia más que en la victimización. En tercer lugar, cuestiona la tesis de la carrera-hacia-el-abismo típica de tantos análisis de la globalización. No es que niegue la

---

<sup>1</sup> Beverly J. SILVER, *Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization since 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, 256 pp. De próxima publicación en Cuestiones de Antagonismo, Ediciones Akal.

presión a la baja sobre los salarios o las condiciones de vida de la clase obrera, provocada por la movilidad del capital, pero argumenta que, al desplazarse, el capital sigue haciendo lo que siempre había hecho: crea una clase obrera en su nueva ubicación, la explota hasta la extenuación y casi invariablemente afronta la resistencia de esa nueva clase. El panorama que surge de *Fuerzas de trabajo* es el de una lucha de clases móvil, que empuja y es empujada por la trayectoria del capital que se aleja de Europa, Norteamérica y Japón hacia determinados países del Tercer Mundo y finalmente, quizá, hacia China, el último foco de rápida acumulación.

Lo más novedoso en ese trabajo es su atención a la actividad de la clase obrera en sus aspectos industrial, espacial y temporal. Como dice la propia Silver, «este libro trata de crear una narración de la formación de la clase obrera en la que los acontecimientos se desarrollan en un espacio-tiempo dinámico». Al examinar los ciclos de los productos y otras estrategias capitalistas para maximizar o recuperar su tasa de beneficio —lo que ella llama «soluciones»—, Silver contempla el ascenso y declive de la conflictividad laboral en relación con la ubicación de distintas industrias a lo largo del tiempo. Las huelgas tienden a aumentar cuando el sector industrial en cuestión entra en su fase madura, aproximadamente entre las décadas de 1870 y 1930 para el textil y entre la de 1930 y principios de la 1970 para el automóvil, y disminuyen cuando la producción se ha estandarizado. Es en esta fase de estandarización cuando es probable que la industria inicie el recorrido hacia lugares con bajos salarios. Esos nuevos lugares de producción con menores costes pueden hallarse también en el mismo país, pero normalmente se sitúan al otro lado de la brecha, ensanchada por el desarrollo cada vez más desigual, que separa al Norte del Sur.

Silver argumenta que cuando el capital somete una población en gran medida agrícola y rural a la urbanización, la disciplina y la explotación, los trabajadores —«mercancías ficticias»— se resisten a ser tratados como una mercancía más. Distingue dos tipos de resistencia: la primera, «de tipo polanyiano», basada en la experiencia de los trabajadores en el mercado laboral, es un movimiento pendular que oscila entre la resistencia y la integración posterior en un bloque social cimentado por la legislación social promovida por el Estado y en la que participan los capitalistas, que a su vez oscilan entre una crisis de rentabilidad y una crisis de legitimidad. El segundo, que ella denomina «de tipo marxiano», es aquel en que la clase obrera desarrolla organizaciones permanentes de resistencia: sindicatos y partidos. Estos dos tipos de resistencia no son excluyentes y a menudo conducen conjuntamente a triunfos que modifican en cierta medida la tendencia a la carrera-hacia-el-abismo. Silver también plantea una discusión interesante sobre la forma en que la clase obrera y sus distintos segmentos, al ejercer esa resistencia, «trazan fronteras» que pueden ser excluyentes, como sucedió con los sindicatos del obrero profesional estadounidense constituidos a finales del siglo XIX, o incluyen-

tes, como en el caso de Brasil y Sudáfrica, donde los vínculos de los sindicatos obreros con las comunidades excluidas potenciaron la lucha por la democracia.

Silver da por supuesto que en cada época de desarrollo capitalista hay una industria paradigmática. En el siglo XIX fue la textil, y en el XX la automovilística. Ambas muestran la pauta del ciclo del producto, con las fases de «innovación, madurez y estandarización» que acabamos de describir. La presentación que hace Silver del siglo XXI es necesariamente más especulativa, apuntando a los servicios prestados a los productores, a la enseñanza y a la tecnología de la información, a lo que añade una importante reflexión sobre el papel y el lugar estratégico del sector del transporte en el propio proceso de producción. Particularmente, en la era de la producción ajustada, con su extensa subcontratación de la fabricación, a menudo internacional, combinada con el almacenamiento y distribución *justo-a-tiempo* de piezas y artículos acabados, el transporte se convierte en un elemento clave en el desarrollo de la militancia obrera. Lo que está ausente –extrañamente, en la era de la globalización– es un examen de las telecomunicaciones como frente de resistencia.

Para Silver, el factor más determinante que impulsa a la industria hacia el Sur es el aumento de militancia en las ubicaciones originales en el Norte. El desarrollo espacio-temporal de esa salida y entrada de capital se mide por el nivel de actividad huelguística, en primer lugar en los viejos centros de Europa y Norteamérica, y más tarde en los nuevos centros del Sur, cuando el capital acaba desplazándose a lugares aún más baratos. Cuando una industria madura, la presión intensificada sobre la fuerza de trabajo acarrea un aumento de militancia y organización, lo que a su vez empuja a esas industrias hacia países con salarios aún menores en los que comienza una nueva formación de clase obrera y se repite el ciclo de madurez y resistencia, como pasó en Sudáfrica y Brasil, después en Corea del Sur (donde el capital era en su mayor parte autóctono) y ahora en China, la última ubicación para la producción no sólo de semiconductores, sino también de textiles y automóviles.

Silver, por supuesto, no dice lo que les gusta decir a los economistas neoclásicos, en concreto que toda esa inversión convertirá a los países en desarrollo en economías prósperas. Por el contrario, asegura que «las soluciones espaciales reubicaron las contradicciones sociales de la producción en masa (incluida la fuerza de la clase obrera), sin los beneficios que les permitieron a los países de elevados salarios afrontar exitosamente esas mismas contradicciones». La brecha de ingresos entre Norte y Sur ha crecido, lo que a su vez alienta más soluciones espaciales y más fracturas entre los dos hemisferios.

El instrumento para medir la conflictividad laboral es una base de datos confeccionada durante varios años por el World Labour Group con el que trabajaba Silver, y que recoge las «menciones» de huelgas en distintos países

en *The New York Times* y *The Times* de Londres desde 1870 hasta mediados de la década de 1990. Al principio parecen unos cimientos demasiado endebles para basar sobre ellos un modelo teórico tan ambicioso. El argumento con el que Silver defiende esa base de datos es que ambos periódicos representan el centro de las dos regiones hegemónicas mundiales, la primera hacia el Oeste y el Sur, y la otra hacia el Este y el Sur, cubriendo de hecho todo el globo. Aunque admite que ese procedimiento podría dejar fuera muchos casos de resistencia obrera, Silver arguye que su objetivo era examinar los cambios en el nivel relativo de actividad huelguística con el paso del tiempo. La base de datos tiene un alcance global, dividiéndose también en los mundos «metropolitano» y «colonial y semicolonial». Además, el conjunto del libro se basa en un examen mucho más profundo y extenso de la literatura existente.

Otro problema con esa evaluación, como reconoce Silver, es que olvida otras formas importantes de resistencia obrera, como las acciones en el lugar de trabajo, las luchas comunales, elecciones cruciales y ocasionalmente alguna revolución. También deja fuera las cuestiones clave de la organización y la política, ya sea revolucionaria o reformista. El año 1905 en Rusia es una cosa, y 1937 en Estados Unidos otra muy distinta. ¿Produce o refuerza un levantamiento a un partido obrero de masas, como en Brasil durante la década de 1980? ¿O sólo da lugar a nuevos sindicatos, como en Estados Unidos durante la de 1930? Las gráficas basadas en la base de datos del WLG se adaptan a lo que se reconocen generalmente como periodos importantes de conflictividad laboral, aunque no nos puedan proporcionar un panorama cualitativo.

Lo que muestra la base de datos del WLG es que la actividad huelguística fue creciendo desde la década de 1870, con un pico moderado al final de la década de 1880, otro mayor en los años justamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, alcanzando el máximo absoluto después de ella; volvió a subir de nuevo antes y después de la Segunda Guerra Mundial, y después fue declinando gradualmente durante la década de 1980 para hundirse en la de 1990. Todo eso es coherente con lo que conocemos, en general, sobre los periodos de conflictividad laboral. Sin embargo, cuando vemos por separado los datos que corresponden a los países metropolitanos y a los países coloniales y semicoloniales, las pautas son algo diferentes. Los primeros siguen casi exactamente la tendencia mundial, con la única diferencia de que los picos de preguerra y de posguerra son más pronunciados; en el Sur lo son menos, pero el posterior a la Segunda Guerra Mundial es más largo y el nivel se mantiene muy alto desde la década de 1940 hasta la de 1960, como reflejo del papel de los trabajadores en muchos movimientos de liberación nacional. Incluso en las décadas de 1970 y 1980 se mantiene por encima del nivel de los países metropolitanos, sin duda gracias a la militancia en Sudáfrica y Brasil, pero en la de 1990 también se hunde, dejando lo que parece una depresión global para el momento actual. Silver mantiene, no obstante, que el capital que se está acumulando ahora en China ha comenzado ya a sus-

citar resistencia, aunque el nivel de organización sea muy bajo hasta el momento. ¿Pero qué pasa con el resto del mundo, en particular con las áreas metropolitanas de las que ha huido supuestamente el capital?

Parte del análisis de Silver apunta a nuevas oportunidades para los trabajadores en esos lugares. Su análisis de la vulnerabilidad de la producción flexible, con sus lugares de fabricación y montaje vinculados *justo-a-tiempo*, apunta que las huelgas en las plantas abastecedoras pueden obligar a cerrar a toda la corporación en breve plazo, como sucedió con varias huelgas en General Motors en Estados Unidos entre 1994 y 1998. Su atención al transporte, como aspecto cada vez más esencial de la producción y del conjunto de la globalización, proporciona también algunas perspectivas estratégicas. Tras señalar el aumento de la actividad financiera, que entre 1980 y 1991 pasó, en los países de la OCDE, del 4 por 100 del PIB al 44 por 100, apunta que la militancia obrera se recobró tras un aumento similar de la especulación a finales del siglo XIX. Finalmente, según argumenta, el pacto social es posible cuando el capital puede permitirse los salarios y condiciones de vida y trabajo con los que comprar una paz relativa en la era fase de estandarización; al erosionarse ésta, la base material para el pacto se debilita. Por supuesto, la eventual reanudación del conflicto o cuándo se producirá ésta es algo que depende de otros factores.

En ese tipo de análisis hay, no obstante, algunos problemas. En primer lugar, Silver afirma que la conflictividad laboral es el principal factor que empuja al capital a emigrar. ¿No será la dinámica interna del capitalismo, el problema recurrente de la rentabilidad que brota de la propia acumulación, lo que explica la tendencia inexorable del capital a expandirse geográficamente, sea cual sea el nivel de conflictividad laboral? Los niveles de actividad huelguística durante la época clásica del imperialismo (1873 a 1919) parecen demasiado bajos para explicar la rebatiña europea por África o las aventuras de Estados Unidos en el Pacífico y en el Caribe. En cualquier caso, esa aceleración del imperialismo no supuso la reubicación de la producción existente, sino más bien la inversión en diversas industrias. Es más probable que el pánico de 1873 abriera los ojos de los europeos a los recursos naturales de África, mientras que el de 1893 propulsó los buques de guerra estadounidenses contra los restos del imperio español en decadencia, junto con Hawai y otras islas más pequeñas. Los años de entreguerras, aunque caracterizados por un intenso conflicto de clases en los países metropolitanos, fueron una época de aislamiento económico más que de globalización. La era de posguerra se adecua mejor a la teoría, pero incluso entonces la caída tendencial de la tasa de beneficio es un factor de «empuje» incesante igualmente importante.

Hay otro problema añadido en el panorama que presenta Silver, aunque se trate de un efecto no pretendido, y es su insistencia en el movimiento del capital desde los países metropolitanos hacia las colonias y semicol-

nias, aunque cuida señalar que el grueso de la inversión directa extranjera se produce entre los países metropolitanos. Sin embargo, la impresión que dan los distintos gráficos de barras y explicaciones anejas es que el capital no sólo se ha extendido a todo el mundo, sino que prácticamente ha desaparecido de sus antiguos centros, en particular en lo que se refiere a la industria automovilística. El gráfico 2.1 del libro muestra que la conflictividad laboral se desplaza desde Estados Unidos en las décadas de 1930 y 1940 hacia Europa en los agitados años de 1968-1973, y luego a Brasil, Sudáfrica, Corea del Sur, México y finalmente China (con un interrogante). Aunque las cifras sobre la actividad huelguística puedan ser exactas, parecería deducirse que a medida que la militancia se desplaza de un lugar a otro, la historia y posiblemente la industria afectada desaparecen de los viejos centros.

En Estados Unidos, al menos, ese panorama no es en absoluto cierto. La industria automovilística siguió siendo determinante durante el periodo de posguerra. Sus trabajadores participaron en el levantamiento de 1968-1973 con niveles de actividad huelguística iguales, y en algunos aspectos superiores, a los de finales de la década de 1930. Los trabajadores del automóvil organizaron en esa época movimientos de base muy notables, entre ellos grupos revolucionarios negros como el Movimiento Sindical Revolucionario de Dodge [Dodge Revolutionary Union Movement, DRUM] y otros en Detroit. Aunque las corporaciones automovilísticas abandonaron sus plantas dentro de las ciudades en centros claves de producción como Detroit y Flint y aceleraron sus inversiones en el extranjero, durante la década de 1970 también invirtieron en el propio Estados Unidos. Además, los fabricantes japoneses y europeos de automóviles también invirtieron en Estados Unidos, abriendo varias fábricas importantes en lugares no sindicalizados. A finales de la década de 1990 la industria automovilística estadounidense empleaba tantos trabajadores en la fabricación como a finales de la década de 1970, cuando alcanzó su nivel de empleo más alto. Pero la industria había cambiado, con más fábricas sin sindicatos en el Sur estadounidense, un declive en la proporción de la mano de obra organizada (el *poder asociativo* en la terminología de Silver), más subcontratación y participación de los sindicatos en distintos planes de cooperación entre trabajadores y dirección. El contexto político también había cambiado notablemente en la década de 1980, y las importaciones amenazaban algunos empleos. La actividad huelguística decayó, aunque no hasta el punto de desaparecer del todo.

Aun así, parece posible que los trabajadores de las nuevas fábricas acaben organizándose y se logre algo así como un giro de ciento ochenta grados. Con otras palabras, el efecto que Silver ve en los nuevos lugares de producción en el Tercer Mundo puede aparecer también en centros antiguos cuando se invierte en ellos, ya sea en industrias nuevas o antiguas. Un ejemplo reciente sería la huelga en la planta de Nissan en el norte de Inglaterra, que supuestamente iba a ser un bastión de la coope-

ración y aquiescencia sindical. Pese a augurar considerables posibilidades para la reanudación de la lucha de clases, Silver elude pronunciarse sobre si eso se puede producir también en el Norte.

Quizá un problema más profundo en *Fuerzas de trabajo* es que se inserta en la teoría de la hegemonía. Según esa concepción, el periodo de hegemonía estadounidense en la economía mundial que siguió a la Segunda Guerra Mundial permitió la creación de un bloque social entre el capital y el trabajo en los países capitalistas desarrollados. Al declinar esa hegemonía bajo la creciente competencia de Europa y Japón, el bloque social se resquebrajó, primero en Estados Unidos y luego en Europa (aunque más lentamente) y hasta en Japón. En términos económicos, la erosión de la hegemonía estadounidense aparece ahora como un fenómeno coyuntural de las décadas de 1970 y 1980. Cierto es que el mundo es una colección de países más incoherente y un lugar más complejo desde el final de la Guerra Fría bipolar, y que la proporción de Estados Unidos en el comercio e inversión mundiales sigue por debajo de lo que ahora aparecen como niveles atípicos y breves de las décadas de 1950 y 1960. Pero Japón se ha difuminado como potencia económica y Europa tiene todavía que alcanzar la unidad y cohesión económica que precisaría para superar a la economía estadounidense. Silver también lleva razón en que la reciente «salud» de la economía estadounidense descansa sobre bases poco sanas. Flota sobre el crecimiento financiero, el gasto militar, tasas declinantes de beneficio (ocultas por la solución financiera así como por los milagros contables), la inversión extranjera, el debilitamiento de los sindicatos y la consiguiente disminución de los salarios reales, que todavía permanecen muy por debajo de su nivel de 1973. Pero la hegemonía no es una cuestión de medios.

Militarmente, Estados Unidos supera al conjunto del resto del mundo. ¿Y qué otro país tiene una presencia armada en el territorio de 130 países? Sus líderes, como hemos visto, no vacilan en utilizar sus tropas y su armamento. No se trata solamente de la carrera arrogante de Bush hacia una guerra perpetua, preventiva y unilateral. Clinton invocó la Resolución de Poderes de Guerra sesenta veces para enviar aviones o tropas al extranjero, y lo hizo de forma tan unilateral como Bush en muchos casos, aunque con la precaución de etiquetar esas intervenciones como «humanitarias». Se puede argüir, por supuesto, que todas esas agresiones imperiales están destinadas precisamente a compensar una pérdida de hegemonía real, pero eso conlleva dos errores. En primer lugar, la hegemonía militar es, se quiera o no, una hegemonía real, condenada, diría yo, pero bastante real en el momento actual. En segundo lugar, la idea de que un país debe retener para sí la mayor parte del comercio y de la inversión mundial para ser considerado hegemónico me parece equivocada; tal situación sería imposible de mantener durante mucho tiempo. Estados Unidos sigue siendo el elefante económico en la cristalería china del mundo. Su ejército puede erigir o derribar barreras al comercio, a la inversión o a las fuentes de energía, como no lo pueden hacer la OMC ni el FMI. Sus con-

tradiciones internas, y no sólo su posición relativa en la economía mundial, lo impulsan hacia el exterior, como a todas las potencias imperiales. El capitalismo nunca se sacia.

Otra objeción al marco teórico de Silver es el que se refiere a la propia noción de «bloque social». Esa idea, herencia de la teoría de la regulación, presenta una imagen equivocada de cómo consiguieron los trabajadores de los países industriales avanzados su alto nivel de vida, en concreto mediante conflictos económicos y políticos. También equivoca, al menos en el caso de Estados Unidos, los motivos y el comportamiento de la clase capitalista estadounidense en los años de posguerra. Con muy pocas excepciones, el capital nunca aceptó los sindicatos ni el sindicalismo ni concedió voluntariamente las mejoras obtenidas por los trabajadores después de 1945. La actividad huelguística durante la década de 1950 fue muy parecida a la de 1930, y en la de 1960 estalló en una rebelión incontrolable de los trabajadores industriales junto con el rápido crecimiento de los sindicatos en el sector público. Por otra parte, el capital desarrolló estrategias antisindicales durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, entre otras cosas el traslado de instalaciones de las áreas urbanas muy sindicalizadas hacia lugares más rurales en el Sur; la aprobación de la ley Taft-Hartley (que limitaba severamente las acciones sindicales) en 1947; el uso calculado del macartismo y el anticomunismo en general; los ataques abiertos contra el poder sindical en el lugar de trabajo en General Electric y en US Steel en la década de 1950, y en el automóvil, líneas aéreas, transporte por carretera y otros sectores en la de 1960; y una actitud generalmente intransigente en las negociaciones que provocó incesantes huelgas durante todo el periodo de vigencia del supuesto «bloque social».

Para entender el comportamiento del capital estadounidense en el mundo de hoy es necesario comprender su actitud hacia los trabajadores en aquellos tiempos supuestamente dorados. Depredadores entonces, depredadores ahora. La diferencia es que entonces el capital estaba todavía a la defensiva tras la tremenda agitación del mundo del trabajo durante las décadas de 1930 y 1940 y frente a la creciente competencia ideológica y militar de la Unión Soviética. Con otras palabras, las limitaciones domésticas y globales eran mayores. Por otra parte, la rentabilidad era más alta y la competencia económica internacional mucho menos intensa, lo que hacía las concesiones posibles, si no indoloras. El comportamiento del capital estadounidense durante la década de 1950 no respondía al establecimiento de un bloque social, ni siquiera a una tregua, sino a una guerra de posiciones muy medida, por utilizar los términos de Gramsci. Nunca hubo duda de que, una vez finalizadas las misiones de exploración de las décadas de 1950 y 1960, cuando se hubiera restablecido el equilibrio de fuerzas, seguirían las agresiones.

Pese a esas diferencias, *Fuerzas de trabajo* es una obra estimulante y valiosa que ofrece un antídoto contra los habituales lamentos victimistas de gran parte de los trabajos sobre la globalización. Su largo recorrido nos recuerda



que la globalización no es algo nuevo, aunque sea importante entender desarrollos más recientes como los sistemas internacionales de producción. Más importante aún es que nos recuerda que la resistencia no se manifiesta sólo en las confrontaciones actuales en las calles, sino en las mercancías humanas del sistema, y que es altamente improbable que el poder empresarial no se vea impugnado por aquellos a quienes explota.